

Jacinto Vera Durán, Primer Obispo de Montevideo (I) (Nº 185)

El Cono Sur de América fue destino de muchos emigrantes canarios. Montevideo fue colonizada por familias canarias en 1726. En el siglo XIX, debido a la escasez y la pobreza, numerosos isleños cruzaron el Atlántico en busca de trabajo y de una vida más afortunada en Uruguay, Argentina e, incluso, Chile. Los canarios no sólo llevaron sus manos para hacer productivas aquellas tierras vírgenes. La fe y las tradiciones religiosas formaron parte de sus equipajes. Fruto de ello, son los tres Siervos de Dios que se veneran en esos países y van camino de los Altares. Sus nombres son: Jacinto Vera Durán, Andrés García Acosta y José Marcos Figueroa, el primero y el tercero de Tinajo y el segundo de Ampuyenta. Sus biografías ocuparán nuestra página en este y en los próximos números de Iglesia al Día.

Los Vera-Durán, una familia de Tinajo

Los padres de Jacinto se casaron en la iglesia de San Roque de Tinajo en 1800. La partida reza así: «En este lugar de Tinajo Isla de Lanzarote en 30 de abril de 1800 años, yo Don Francisco Cabrera Ayala, cura de esta parroquia del Señor San Roque, casé in facie Ecclesiae a Gerardo de Vera hijo legítimo de Martín de Vera y de María Cabrera, con Josefa Durán, hija legítima de Andrés Durán y María Martín, vecinos todos de este lugar de Tinajo y precedida la licencia de sus padres, y habiendo sido dispensados por el Ilmo. Sr. Don Manuel Verdugo obispo de estas Islas, en segundo con tercer grado de consaguinidad, y proclamados en tres días festivos, siendo testigos Pasqual Silva, Luis Cabrera y Blas Corujo, de que doy fe y lo firmé= Francisco Cabrera Ayala.

El esposo tenía 26 años de edad y la esposa 25, pues habían sido bautizados en la parroquia de Ntra. Sra. de Guadalupe (Teguise) el 6 de marzo de 1774 y el 9 de noviembre del mismo año, respectivamente. Para facilitar el dibujo del árbol genealógico, digamos que los abuelos paternos de Gerardo Vera eran Manuel de Vera y Josefa Placeres, y los maternos Silvestre Martín y Josefa de la Concepción. Y los abuelos paternos de Josefa Durán eran Luis Francisco Betancort y María Antonia Durán, y los maternos Josef Martín Duarte y Josefa Armas. Como podemos observar, apellidos arraigados en la sociedad lanzaroteña. Siguiendo la costumbre de la época de usar indistintamente cualquier apellido de los ascendientes, la madre de

Jacinto se escribe en algunos documentos como Josefa Martín, apellido de su madre.

El niño que nació en Alta mar

A finales de 1812, en fecha que desconocemos, el matrimonio Gerardo Vera y Josefa Durán dejaron su casa y tierras de Tinajo para marchar rumbo a América del Sur. Tampoco sabemos en qué puerto canario embarcaron, ni en qué fecha. Lo cierto es que tardaron más de seis meses en llegar a «la Banda Oriental». Con ellos iban sus tres hijos, mejor cuatro, porque Josefa estaba embarazada. Los hijos nacidos se llamaban Francisco Antonio, de 8 años, Dinosio Antonio de los Dolores, de 6, y María Teodora de 2 añitos. Mientras el barco navegaba hacia la costa sur de Brasil nació el cuarto, el 3 de julio de 1813. Aunque el destino de aquella familia era Uruguay, desembarcaron en la región brasileña de Santa Catalina, en el puerto que hoy se llama Florianópolis. Y ¡qué misteriosa coincidencia!, el hijo de aquellos «desterrados» padres fue bautizado en la parroquia de «Nuestra Señora del Destierro», el día 2 de agosto, un mes después del nacimiento. Habían partido de la tierra de «Nuestra Señora de los Dolores» (Patrona de Lanzarote) y desembarcaban en la «del Destierro». Les adelanto que este sería el signo de Jacinto. Su vida estará marcada por el dolor y por el destierro.

La partida de bautismo, que tuve ocasión de leer y transcribir el verano pasado, está escrita en portugués y, por ello, algunos apellidos están portuguesados, como Vieira, Cabreira, Martins, Martino... Respetando la onomástica portuguesa, traducimos la partida: (Al margen: «Jacinto, 1º obispo de Montevideo»). «Jacinto, a los dos días del mes de agosto de 1813 en esta matriz de Nuestra Señora del Destierro de la Isla de Santa Catalina del Obispado de Río Janiero, bauticé solemnemente y puse los Santos Oleos a Jacinto nacido hace 30 días, hijo legítimo de Gerardo Vieira y Josefa Martins, naturales de la Feligresía (Parroquia) de San Roque en la isla de Lanzarote, nieto paterno de Martino Vieira y de María Cabreira naturales de la sobredicha Feligresía de San Roque, y materno de Andrade García y de María Martins, naturales de la Feligresía de Santa Rosa de la Isla de Lanzarote, de que fueron padrinos el Capitán João di Betencourt Machado e Souza y Dña. María Maquelina do Carmo, y para que conste doy fe y firmo Vigario Jose Maria de Sa Rebello».

El padrino podría ser el capitán del barco, pues sus apellidos son canarios. La «Feligresía de Santa Rosa» que se menciona en la partida, se refiere a la parroquia de Haría, cuya titular es «Ntra. Sra. de la Encarnación», pero que tiene como compatrona a Santa Rosa de Lima, devoción muy antigua y fuertemente arraigada en la isla.

Infancia y juventud en Maldonado y Toledo

Después de una breve estancia en Brasil, la familia Vera se estableció en Uruguay. Don Gerardo consiguió trabajo en el Rancho de don Pablo de León, en el departamento de Maldonado. En aquellos campos el infante Jacinto «aprendió a ver la vida, la de los humildes moradores de la campaña, con sus cansancios, sus alegrías, sus penas y esperanzas». Conseguidos los primeros ahorros, los Vera compraron una parcela de tierra cultivable en Toledo, departamento de Canelones. En la capilla del Carmen, cercana al pueblo, Jacinto hizo la Primera Comuni3n. La catequista había sido su propia madre, al mismo tiempo que los padres franciscanos sembraban en su coraz3n la semilla vocacional.

Vocaci3n sacerdotal de Jacinto Vera (II) (nº 186)

En el n3mero anterior hablamos de los or3genes tinajeros, emigraci3n a Am3rica e infancia de Jacinto Vera Dur3n, primer obispo de Montevideo. En el presente, seguiremos sus pasos juveniles, su vocaci3n al sacerdocio y sus estudios eclesi3sticos y ordenaci3n en Buenos Aires, todo un camino lleno de pruebas y obst3culos.

Infancia y juventud en Maldonado y Toledo

Después de una breve estancia en Brasil, la familia Vera se estableció en Uruguay. Don Gerardo consiguió trabajo en el Rancho de don Pablo de León, en el departamento de Maldonado. En aquellos campos el infante Jacinto «aprendió a ver la vida, la de los humildes moradores de la campaña, con sus cansancios, sus alegrías, sus penas y esperanzas». Conseguidos los primeros ahorros, los Vera compraron una parcela de tierra cultivable en Toledo, departamento de Canelones. En la capilla del Carmen, cercana al pueblo, Jacinto hizo la Primera Comuni3n. La catequista había sido su propia madre, al mismo tiempo que los padres franciscanos sembraban en su coraz3n la semilla vocacional.

La llamada de Dios

Hacia 1830 se construía en Montevideo una Casa de Ejercicios Espirituales, proyecto promovido por el cura vicario de la ciudad don Juan José Ortiz. Don Gerardo y su hijo Jacinto se ofrecieron a colaborar en la obra, acarreado gratuitamente materiales. Una vez inaugurada la Casa, sintió el joven Jacinto deseos de «ir a los Ejercicios» para plantearse su porvenir. Corría el año 1832 y en aquel retiro Dios le habló y llamó al sacerdocio. A los 19 años, pues, se propuso iniciar los estudios eclesiásticos. Para costearlos se puso a trabajar con su padre como asalariado. Estudia con constancia y gran aprovechamiento la lengua latina y humanidades, teniendo como profesor al cura de la parroquia de Peñarol don Lázaro Gadea, muy estimado en la ciudad. La guerra civil de los orientales trunca los planes del estudiante, ya que es movilizando para el ejército del general Oribe. El recluta, poco amigo de las armas, se las ingenió para seguir leyendo y estudiando en los ratos libre, lo que llamó la atención de sus jefes. El mismo Oribe, al ser informado de la vocación al sacerdocio de Jacinto, lo licenció para que pudiese terminar su preparación.

Estudios teológicos en el colegio de San Ignacio de Buenos Aires

Un nuevo y difícil obstáculo tendrá que superar Jacinto para conseguir realizar su vocación. Al no existir en Montevideo seminario ni estar su diócesis constituida, la única posibilidad era desplazarse a Buenos Aires para estudiar teología en el colegio de los Jesuitas. Como nada le arredraba, hizo el viaje confiando en la Providencia. Y no estaba descaminado Jacinto, pues la Providencia lo tenía todo previsto. En efecto, los jesuitas acababan de regresar a Buenos Aires (1837), llamados por el gobernador Juan Manuel de Rozas, instalándose en su antiguo edificio de «La Manzana de las Luces», principal foco de ilustración y cultura de la sociedad boanarense. Junto al colegio de San Ignacio, la Compañía había construido a finales del siglo XVII el magnífico templo barroco dedicado al Fundador. En la ciudad permanecieron los padres el tiempo justo para que Jacinto hiciese los estudios superiores y pudiese ser ordenado. No consiguió al principio plaza de interno en el colegio de San Ignacio, ni tenía medios para pagar la pensión, pero fue acogido por el docto sacerdote don Felipe Palacios, cura de la catedral y encargado de la Biblioteca Nacional. Antes de acudir a él, Jacinto estuvo orando intensamente en la cercana iglesia de Nuestra Señora de la Merced y de María recibió todas las mercedes. Jacinto llevaba una carta de

presentación del que había sido su primer preceptor, el sacerdote don Lázaro Gadea, que, con certeza, influyó en el ánimo de don Felipe. Textualmente decía la epístola: «El Cura Párroco que suscribe, certifica que, instruido Jacinto Vera en la Religión Cristiana por sus padres, fue consecuente con sus preceptos. En su niñez y juventud aventajó a los de su edad y se hizo notar por su buena conducta, comportamiento y costumbres. En diez meses en que bajo mi dirección cursó la lengua latina, su contracción y estudio hicieron que aprendiese, en este limitado tiempo, lo que no conseguiría en dos años un regular talento. La frecuencia de los sacramentos y devociones, como la asiduidad en su estudio, fueron su único entretenimiento captándose así mi benevolencia y la admiración de todos. Es cuanto tengo que informar, complaciéndome en que sea aceptado en el gremio eclesiástico en cuyo estado, sin duda, será ejemplar».

Ordenación sacerdotal y Primera Misa en Buenos Aires: junio 1841

A principios de 1841 los jesuitas deciden dejar el colegio por las continuas presiones e intromisiones del gobernador, lo que conllevaba la interrupción de los estudios de los aspirantes al sacerdocio. No obstante, los padres de la Compañía acudieron al obispo le pidieron que ordenase a Jacinto, a quien consideraba suficientemente formado. Después de unos meses intensos de estudio y exámenes y hechos los Ejercicios Espirituales, fue ordenado sacerdote por el obispo auxiliar de Buenos Aires, Monseñor don Mariano de Escalada. La primera Misa la celebró en la iglesia del monasterio de monjas dominicas de clausura «Santa Catalina de Siena», fundado en la ciudad en 1745. Era el día 6 de junio de 1841, solemnidad de la Santísima Trinidad. Jacinto iba a cumplir muy pronto 28 años. Ese mismo día, ¡significativa coincidencia!, celebraba su primera Misa al otro lado del océano, en la ciudad italiana de Turín, Don Juan Bosco, a la edad de 26 años. Dicen los hagiógrafos de don Bosco, que terminada la Misa, se le acercó su mamá Margarita y le dijo al oído: «¡hijo, prepárate para sufrir!». Pienso que el mismo presagio escuchó Jacinto de su Madre celestial, la Virgen de los Dolores, pues, como a Ella, «una espada atravesará su alma» durante los cuarenta años de ministerio sacerdotal y episcopal».

DON JACINTO VERA, PÁRROCO DE CANELONES Y VICARIO APOSTÓLICO (III) (nº 187)

Recordemos que el lanzaroteño Jacinto Vera Durán, primer obispo de Montevideo, realizó sus estudios eclesiásticos en el colegio seminario de los jesuitas de Buenos Aires. Allí fue ordenado y celebró su primera Misa el 6 de junio de 1841. Su primer destino sería la parroquia de Ntra. Sra. de Guadalupe de Canelones, como teniente cura del párroco Don Vicente Agüero.

El departamento de Canelones

La profesora Beatriz Torrendell, autora de «Geografía Histórica de Canelones», describe la región con estas palabras: «El pago de Canelones, pequeño en extensión territorial, se nos presenta muy rico en población, emprendedora en el desarrollo de sus suelos y heroica en personajes que han galonado la historia de nuestra Patria». El topónimo hace referencia al árbol «el canelón», en guaraní «caporaca», «de grandes proporciones, forma piramidal, follaje denso y oscuro, de madera blanca o rosada, bueno para carpintería y toneles» (Archavaleta). El elevado número de canarios establecidos en esta campaña, ha motivado el equívoco popular de creer que «Canelones» es un derivado deformado de «canariones». El departamento tiene una superficie de 4.532,5 kms. cuadrados. La población principal es la ciudad homónima, cabecera política y eclesiástica del departamento. Entre los muchos pueblos fundados en esta campaña, destacamos San Jacinto, en memoria del Obispo Jacinto Vera, y Santa Lucía, donde vivió en su infancia el hermano jesuita Figueroa, también tinajero en proceso de beatificación.

El cura de la Campaña

19 años dedicó don Jacinto a la parroquia de Canelones, 10 como coadjutor y 9 como párroco. Uno de sus biógrafos, Enrique Pasasdore, afirma que «atendió a sus feligreses tanto en la población como en la campaña; en su trato con las gentes no efectuaba distinciones entre blancos y colorados, era sacerdote de todos y para todos». Sus ocho mil parroquianos eran en su mayoría españoles, que vivían dispersos por los campos, ocupados en las faenas agrícolas. Además de la iglesia parroquial atendía a cinco capillas. Don Jacinto organizó misiones populares en la ciudad y en los pueblos de su jurisdicción. Su caridad se manifestó sin límite durante la Guerra Grande, que trajo desolación y pobreza. Repartía limosnas a todos los necesitados sin

excepción, llegando a adeudarse en dos mil pesos. En el lugar sigue viva su memoria. En la capilla del Sagrado Corazón de Jesús de la parroquia de Ntra. Sra. de Guadalupe de Canelones, hoy catedral, se le recuerda con un retrato y una lápida de mármol. En ella leemos: «Pastor celoso de esta parroquia de Ntra. Sra. de Guadalupe durante 19 años».

Vicario Apostólico de Uruguay

Uruguay contaba en aquellos años con 235.000 habitantes, de ellos 50.000 en Montevideo. El país estaba dividido en 13 departamentos. La Iglesia estaba gobernada por Vicarios Apostólicos nombrados por el Papa. Al fallecer el P. José Benito Lamas, fue designado como sucesor don Jacinto Vera por el papa Pío IX, el 26 de mayo de 1859... y, entonces, comenzó la persecución. El gobierno se opuso alegando derecho de patronato y la prensa emprende una campaña de difamación contra su persona, pero el pueblo salió en su defensa ante las autoridades civiles y eclesiásticas. El Nuncio ratificó el nombramiento el 4 de octubre del mismo año. En tanto sólo dos años, Vera y Durán realizó una labor pastoral inmensa. Organizó ejercicios espirituales para los sacerdotes y promovió el clero nativo y diocesano, gestándose así el primer seminario. Don Jacinto era ante todo un misionero. Por eso, tomó la iniciativa de hacer Visita Pastoral misionando. Acompañado de dos padres jesuitas, recorrió durante nueve meses once zonas del interior. La predicación y la administración de los sacramentos fueron las dos tareas que se ejercieron primordialmente. Habían transcurrido 55 años de la última Visita misionera, y los frutos fueron copiosos: 23.560 personas confirmadas, 705 matrimonios legitimados y 28.000 fieles recibieron la confesión y la comunión.

Enfrentamiento con el gobierno y destierro

Recordemos que Jacinto había sido bautizado en la parroquia de Ntra. Sra. del Destierro, en Santa Catalina (Brasil). Fue, sin duda, una premonición de su vida. Consecuente con sus principios y las normas de la Iglesia, el 10 de abril de 1861 negó la sepultura eclesiástica al masón Enrique Jacobsen. El gobierno reaccionó con furia, ordenando la secularización de los cementerios. En el mes de septiembre, el Vicario se vió en la obligación de destituir al párroco de la catedral Don Juan José Brid por su actividad política en cuanto

senador por Minas y alineamiento con el gobierno. En su lugar nombra al Padre Inocencio María Yéregui. El gobierno alega nuevamente «derecho de patronato», por el cual el Vicario no podía hacer cambios de clérigos sin su consentimiento. Como el Vicario Apostólico se mantenía firme en su decisión, el presidente de la nación Bernardo

P. Berro lo expulsó del país el 7 de octubre de 1862.

DON JACINTO VERA, PRIMER OBISPO DE MONTEVIDEO

(IV) (n° 188)

Terminábamos el capítulo anterior narrando el enfrentamiento del Vicario Apostólico Jacinto Vera con el gobierno y su expulsión del país el 7 de octubre de 1862, festividad de la Virgen del Rosario. Para él fueron los misterios dolorosos los que les tocó vivir en una humilde celda del convento de San Francisco de Buenos Aires, que pronto se convirtieron en gozosos. En efecto, el 22 de agosto de 1863, el gobierno autoriza su regreso a Montevideo. El día 23 el pueblo le recibió con entusiasmo en el muelle de la ciudad y le acompañó hasta la catedral donde se entonó el canto de acción de gracias «Te Deum». Vera sólo tuvo palabras de agradecimiento y de perdón para sus enemigos. Se propuso que su regreso fuese motivo de reconciliación y no de enfrentamiento.

Obispo de Megara y padre conciliar en el Vaticano I

El papa Pío IX le otorgó el título honorífico de «Prelado doméstico de Su Santidad», reconociéndole como «apóstol de la libertad e independencia de la Iglesia». En 1865 el mismo papa le nombra obispo titular de Megara. El 16 de julio, festividad de la Virgen del Carmen, fue consagrado por el obispo de Buenos Aires don Mariano José de Escalada. Vera como padre conciliar participó activamente en el Concilio Vaticano I (1869), defendiendo el dogma de la infalibilidad pontificia.

Primer obispo de la diócesis de Montevideo

La diócesis fue creada por el papa León XIII el 13 de julio de 1878. El día 15 fue nombrado como primer obispo don Jacinto Vera Durán. En su primera carta pastoral manifestó sus deseos y proyectos como Pastor: «que la prosperidad religiosa camine a pasos agigantados y sea a la vez símbolo de prosperidad moral y material... así como no hay civilización sin moralidad y virtud, tampoco hay virtud sin religión».

El Pastor Bueno

No hay otra definición mejor que le podamos atribuir a Jacinto Vera, sino la de Buen Pastor. lo fue como Párroco de Canelones, como Vicario Apostólico y como Obispo. Recorrió varias veces el país en sus misiones rurales. Celebraba la Eucaristía, oraba, catequizaba, confesaba incansablemente, impartía la confirmación, visitaba a los enfermos... Esta era la agenda diaria del Visitador Misionero. Y tuvo tiempo para mucho más. Escribió numerosas Cartas Pastorales. Puso especial interés en fomentar la formación humana, impulsando centros y espacios de cultura, como el Club Católico en 1875, el Liceo de Estudios Universitarios en 1877, el Instituto Pedagógico y el periódico «El Mensajero del Pueblo».

Fue, sin duda, el organizador de la Iglesia uruguaya. Creó el seminario bajo la dirección de los jesuitas, impulsando así el clero nativo. Instituyó para los sacerdotes los Ejercicios Espirituales ignacianos, así como la formación permanente. Creó nuevas parroquias y edificó nuevos templos. Varias fueron las congregaciones religiosas que se establecieron en el país gracias a la llamada de don Jacinto: los sacerdotes del Sagrado Corazón, capuchinos, jesuitas, salesianos, vicentinas, dominicas francesas, hermanas del Buen Pastor, etc... En los últimos años de su vida, siendo obispo de Montevideo, Don Jacinto fundó el periódico «El Bien Público» y bendijo la primera piedra del Seminario Conciliar, luego colegio del Sagrado Corazón de la Compañía de Jesús.

Ultima misión y muerte del obispo Vera

«Le pido al Señor que no permita que yo sea un viejo inútil y le digo que me gustaría morir trabajando y de enfermedad corta». Los familiares de don Jacinto le oyeron decir con frecuencia estas palabras. Y su deseo y ruego se cumplieron plenamente. los primeros meses de 1881 fueron de gran actividad para el obispo. Después de

misionar en Tala, predicó durante la cuaresma en la mayor parte de los templos de la capital. A finales de abril, en tiempo pascual, marchó a misionar Pan de Azúcar, acompañado de dos padres jesuitas, de su secretario y del laico José D`Ascia, su fiel servidor. El viaje lo hicieron en ferrocarril. A pesar del temporal de agua y frío, el Prelado empezó la misión Catequizó, predicó, confesó y administró el sacramento de la Confirmación. Pude comprobar personalmente en el archivo parroquial el número de confirmados. El día uno de mayo, 37 feligreses y el día dos, 102. El día tres cayó gravemente enfermo y ya no pudo levantarse de la cama. El día cinco pidió confesión y recibió la Extremaunción y el Viático. El día seis, viernes a las tres y cuarto de la mañana, entregó su alma a Dios bajo la mirada de Nuestra Señora de los Dolores, titular de la parroquia de Pan de Azúcar. En los Dolores de Tinajo fue concebido para este mundo jacinto Vera y en los Dolores de Pan de Azúcar entró en el seno del Padre Eterno. Desde el mismo día de su muerte, el pueblo católico uruguayo espera impacientemente la beatificación y canonización de su Pastor y Padre amado, «el más grande de los Prelados de la Iglesia oriental».

Septiembre, octubre, mayo de 2005.